

San Bernardo, 23 de Julio de 1938.

## Apoteosis

La capital de Chile presentó el Domingo último el espectáculo más grande que puede dar un pueblo agrupado políticamente a un hombre. Y para darle el verdadero nombre, diremos que constituyó la proclamación y desfile en torno del candidato de las izquierdas, una verdadera apoteosis. Nada de exigencias, amenazas, ofertas o remuneraciones! El pueblo, espontáneamente, cubriendo de su peculio gastos de todo etc. corrió presuroso exacto a la cita y desfiló en torno de su más genuino representante, entonando himnos a la fenecida libertad, y aclamándolo entusiastamente como el futuro Presidente de Chile. Este acto tan solemne como espontáneo habla muy en claro de los resultados electorales y ha hecho meditar a las derechas que por medio de los vóceros pagados, no han dejado de traslucir en sendos artículos, la actitud entusiasta del pueblo y la decisión y el ambiente además del candidato al saludar a sus electores con puño firme y muy en alto. Produjo una verdadera satis-

facción ver como viejos radicales, que pasan ya de los cincuenta años, que ocupan, algunos, altas situaciones, desfilaron a pié la larga distancia del recorrido de la manifestación, junto al empleado y al obrero. Muestras de una verdadera democracia son éstas, pocas veces vistas, y que denotan el ambiente que tiene el candidato, muy diverso, por supuesto, al de los Partidos de Derechas.

La apoteosis que constituyó el acto del domingo es suficiente propaganda y los propios enemigos nuestros no han podido desconocer la férrea unión que existe entre los Partidos de izquierda en torno del mejor y más preparado de sus hombres para ocupar la primera magistratura de la nación, Han tenido que inclinarse ante la evidencia de los hechos y comienzan a sentirse avergonzados de la impopularidad de su personero y no hay duda que comienzan a presentir la derrota.

Derrota que acabará para siempre con este régimen aprobioso.

## 14 de Julio de 1789 y hoy *Julio 31.*

14 de Julio de 1789: alborada febril de una época más grande de la Humanidad. Se ha dicho que, humillando a la Bastilla, rompía el hombre las cadenas que lo oprimían. Hicimos mejor que daba un paso decisivo en la conquista de su dignidad; por primera vez no podía, sino exigía que le respetara en su calidad de ser humano. Siglo y medio pasado y hoy vemos cómo culmina el que ese día nació, como termina la época de su alumbramiento, fué él el primer síntoma. Todo término tiene siempre una pizca, a lo menos, de amargura; porque las ilusiones y esperanzas del principio no se realizan plenamente. Hay proyectos que se derrumbaron al chocar con la implacable roca de la realidad, así como se desmoronaron, junto con el cántaro,

los ensueños de La Lechera. Y hay también días de plenitud, que ya pasaron y que se recuerdan con nostalgia. Por eso, si la juventud, que es un despertar en medio del ancho campo de la vida, invita al optimismo, la vejez, que es una antesala del fin, predispone al pesimismo. Se explica así como uno de los caracteres de nuestro tiempo: su pesimismo; ese pesimismo que llega hasta hacerlo desconocer todas las cosas buenas que el pasado le legó y que el presente le ofrece.

Reaccionaron un día los hombres contra la arbitrariedad, levantando el estandarte de la Justicia; tuvieron ideales de libertad, Igualdad, Fraternidad y llegaron hasta proclamar los «Derechos del Hombre y del Ciudadano». Quisieron el gobierno de la Democracia y de la Ciencia; Esperimentaron al-

gunos pequeños fracasos, de esos tropiezos que uno tiene en toda marcha, de esos escollos que se hallan en todo camino, y en lugar de vencerlos, sobrevino en ellos el desaliento y la falta de fé. Renegaron de sus ideales, y se tornaron escépticos y descontentadizos.

Porque, — averguenza decirlo — hay hoy día quienes — y muchísimos — desde distintos bandos, reniegan del 14 de Julio de 1789.

Hasta hace poco, estuvo de moda hablar mal de los postulados de 1789. ¿Por qué?

«Porque son utópicos...» «Pero ¿se ha hecho todo lo posible por plasmarlos en realidad?

«Porque son materialistas...» ¿Cómo? ¿Materialista el principio de la libertad de pensamiento, y el de la igualdad ante la ley, y el de la fraternidad de los hombre? ¿Quién lo dice? ¿Son acaso «espirituales» los calabozos, los espías y las bayonetas del señor Mussolini?

«Porque son falsos...» Supremo argumento de los mentecatos: «eso es falso», «eso es mentira». ¿Donde está la verdad? ¡Mostradme otros principios y probadme que son más ciertos; entonces os creeré!

«En el fondo, la razón es una sola: los principios proclamados por la Revolución Francesa no responden a las necesidades del día, no son eficaces para resolver los problemas que aquejan al mundo contemporáneo. Hecho cierto, ciertísimo... Pero condenar por él a la Revolución, o negarle méritos, me parece tan ridículo como repudiar a Platón porque aceptó la esclavitud en su República. Es evidente que, al menos en el orden económico, el liberalismo está muy lejos, en nuestros días, de ser un remedio. Pero, demos al Cesar lo que es del Dios. En el siglo XIX, y a fines del XVIII, no sucedía lo mismo. Se necesitaba, precisamente, un Estado como el Liberal, que dejara a los individuos hacer libremente, que estimulara el esfuerzo y la iniciativa privada, que promoviera la competencia. Un Estado así pudo, en colaboración con la técnica científica, dar vida al capitalismo, que en menos de cien años ha hecho progresar a la Civilización más que los XIX siglos anteriores; ha elevado el nivel medio de la vida a una altura enorme sobre la hasta entonces alcanzada. Nosotros gozamos de estas conquistas, y desnonocerlas sería patente de cortedad de vista o de ingratitud; de tontera o de mala fé.

Cierto es que el desarrollo Capitalista ha originado la más

grande de las dificultades de economía contemporánea: la distribución de los bienes, otras secundarias que gravitan pesarasas sobre la vida de los pueblos; pero ¿no están abundantemente compensados con el progreso obtenido? A mayor grado de evolución corresponde una mayor complejidad de vida. La experiencia demuestra que el régimen liberal capitalista no proporciona solución acertada para los nuevos problemas por él engendrados; pero también demuestra otro hecho: ese régimen, permitió a la civilización un adelanto que tiene paralelo en la Historia. Es un hecho que vemos; pagamos, gozamos y aprovechamos a cada instante.

Pero la Revolución Francesa significa mucho más. En el aspecto estrictamente social, de terror definitivamente, a los hombres en el derecho, como institución reconocida, los privilegios de clases y las aristocracias hereditarias ociosas y corrompidas; en el orden propiamente político, al establecer República, acercó el Gobierno al Pueblo y disminuyó las posibilidades a los despotismos.

Y, lo más importante, a la Cultura Occidental el aporte precioso de nuevos valores que han pasado a ser los fundamentales: los principios de la igualdad de los hombres ante la ley, y de la libertad de creencias y de expresión de pensamiento, y los anhelos de Democracia y de Fraternidad. Todo lo que se ha hecho contra o en desmedro de ellos se hace en contra o en desmedro de la Cultura.

Tal es la herencia que dejó al mundo el régimen Liberal Democrático, que allá en Francia, el 14 de Julio de 1870, dió sus primeros síntomas de vida. Como toda herencia tiene un deber y un haber. Este representado éste por el portentoso progreso material y cultural de los últimos cien años, aquel por los males que hemos sufridos. Sirviéndonos de los primeros y de la experiencia acumulada, encontraremos la fórmula que remedie esos males.

Y es hoy la misma Francia de la gran Revolución la que bajo un Gobierno de Frente Popular, busea esa fórmula con más ahinco. (Un título más para su gloria!

Y al igual que ayer, la gran República de Norteamérica, realiza paralelamente un proceso similar.

Patricio Aylwin A

AVISE UD. EN «LA IDEA» el periódico de mayor circulación de la zona.